

pedazos el yugo. Entonces hubiera querido Napoleon haberse hecho mas amigos los portugueses ; pero no era tiempo ya de enmendar el yerro. La irri-tacion con que estos nos miraban al considerarnos instrumentos de su opre-sion, iba á desvanecerse desde el momento en que saliendo nuestras tropas de Portugal para restituirse á su patria, pudiesen apreciar debidamente tan plausible cambio de cosas. Los españoles dejaban de ser sus enemigos, y abandonado el territorio por ellos, no era ya Junot bastante fuerte para me-dirse con una poblacion de tres millones de habitantes, siendo tan escasos en número los soldados de que podia disponer. La reconciliacion con nosotros era consecuencia precisa: España y Portugal no debian ni podian formar en aque-llos momentos sino una sola é idéntica causa.

Quando vió Bonaparte el efecto que la catástrofe del 2 de mayo y las re-nuncias de Bayona producian en los españoles, hizo salir de Portugal cuatro mil hombres de los de Junot con direccion á Ciudad-Rodrigo, á fin de apo-yar las operaciones del mariscal Besieres, ordenando igualmente la marcha de otros cuatro mil que debian reunirse á Dupont, el cual tenia el cargo, como veremos despues, de sofocar la insurreccion de Andalucia. La primera de es-tas dos divisiones salió de Almeida á principios de junio, al mando del general Loison, quien llegando á la frontera intentó apoderarse de nuestro fuerte de la Concepcion, recurriendo al ya gastado ardid de ofrecer al co-mandante que lo guarnecía algunas compañías que contribuyesen á su defen-sa en union con nuestros soldados. Rechazada la oferta por el gefe español, se vió este sin embargo en precision de abandonar aquel punto la noche si-guiente, no siéndole posible mantenerse en él por el escaso número de sus tropas. Refugiado en Ciudad-Rodrigo, cuya plaza se hallaba insurreccionada como toda la provincia de Salamanca, dió el grito de alerta á los patrio-tas insurgentes ; y Loison, que no tenia orden de penetrar en aquella ciudad sino en el caso de poderlo hacer fácilmente, se vió precisado á detener su marcha, vista la alarma que reinaba por aquella parte. La segunda divi-sion que debia penetrar en España estaba reunida en el Alentejo, al mando del general de brigada Avril, y tenia orden de dirigirse á Mértola con una bateria de diez piezas, bajando despues embarcada por el Guadiana hasta situarse delante de Alcoutim, donde Dupont debia comunicarle nuevas órdenes. Enviado para preparar el embarque el gefe de batallon de ingenie-ros Girord de Novilars, hicieron fuego sobre él los españoles insurreccionados de S. Lucar del Guadiana, señal cierta de que el alzamiento andaluz se ha-llaba estendido hasta las fronteras de Portugal, viéndose Avril precisado á de-sistir de su empeño en pasar adelante. La Estremadura española se habia al-zado tambien, y toda comunicacion con los ejércitos franceses de España y Portugal se hallaba interceptada en aquella frontera. Desplegando la junta de Badajoz una actividad proporcional al peligro en que se via teniendo los fran-ceses á sus puertas, habia puesto la plaza en estado de defensa y comen-zado á establecer un campamento cerca de S. Cristoval á las órdenes de Ga-lluzo. Hecho un llamamiento por ella á los militares portugueses que lamen-taban en silencio la triste suerte de su pais, salieron estos de varios pun-tos del Alentejo, y corrieron de todas partes á Badajoz. Quando así obraban los soldados del reino vecino, ¿qué no podia esperarse de los soldados españo-les existentes en Portugal? El primero que dió el ejemplo de la desercion fué un escuadron de húsares de María Luisa. Ciento treinta hombres del regi-miento de voluntarios de Valencia se escaparon tambien de Setubal huyen-do con su bandera, siendo vano el empeño del general Graindorge en perseguir-los y hacerlos volver atrás. Era contagioso el ejemplo de estas deserciones par-ciales, y bien pronto iban á ser seguidas de una defeccion completa. Los diez mil españoles que á consecuencia de la contraorden del gobierno fernandista se habian restituido á Oporto volviendo á pasar el Miño, carecian de gefe

propio desde la muerte de Taranco y estaban á las órdenes del general francés Quesnel. La noticia del 2 de mayo y el atentado de Bayona los había llenado de indignacion, y el penetrante grito de la patria no podia pasar desapercibido entre aquellos valientes. Llenos de furor, y de rabia, esperaban el momento oportuno de restituirse á su pais, cuando llegó á sus manos un manifiesto de la junta de Galicia en el cual se les ordenaba volver á España, trayendo prisioneros consigo á cuantos franceses pudieran coger en Oporto y en el curso de su marcha. Puestos de acuerdo los gefes principales, y confiada la ejecucion del plan convenido al mariscal de campo del cuerpo de ingenieros D. Domingo Belestá, oficial de mayor graduacion desde la muerte de Taranco, dirigióse al general Quesnel y le hizo arrestar por su



INSURRECCION DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN OPORTO.

propia guardia, obligando igualmente á rendirse prisioneros todos los suyos, escasos en número para resistir la fuerza con la fuerza. A haber podido Belestá continuar en aquel punto, hubiérale sido fácil sublevar contra los franceses la ciudad de Oporto, y organizar allí un centro formidable de resistencia; pero creyendo mas oportuno obedecer la voz de Galicia que le llamaba, limitóse á reunir presurosamente los magistrados, preguntándoles qué partido querian tomar, si el de Portugal, el de España ó el de Francia. *El de Portugal*, respondieron todos unánimes, dirijiéndose el mayor de plaza Pinheiro al castillo de San Juan de Foz, y enarbolando en él la bandera portuguesa. Los españoles entretanto partieron para Galicia, llevándose consigo los prisioneros. Entregados entonces los de Oporto á sí mismos, asustáronse los magistrados al considerar las consecuencias á que podria dar lugar aquel alzamiento; y poniéndose de acuerdo con el brigadier Oliveira da Costa, apresuráronse á renovar su sumision á las órdenes de la Francia. La bandera nacional fué quitada del castillo de S. Juan de Foz, sustituyéndosele las águilas imperiales, y viéndose obligado Pinheiro á buscar su salvacion en la fuga.

La poblacion de Oporto habia permanecido pasiva en el primer levantamiento, debiendo atribuirse su tranquilidad tanto al ex abrupto del acto, co-

mo á la circunstancia de haber sido promovido por los que poco antes se contaban en el número de sus opresores. La calma duró muy poco. Esparcida por las provincias del Norte la noticia del arresto de Quesnel, apoderóse el sentimiento de independencia nacional de todas las almas, siendo la provincia de Tras-los-Montes la primera que proclamó la restauracion del príncipe regente el 11 de junio, poniéndose al frente de la insurreccion el teniente general Manuel Jorge Gomez de Sepúlveda, hombre mas que octogenario, pero decidido patriota. La provincia de Entre-Duero-y-Miño siguió el mismo impulso casi en su totalidad, resonando por todas partes los gritos de *viva nuestro príncipe, viva Portugal, muera Junot, muera Bonaparte*. El brigadier Oliveira da Costa que tanto habia contribuido á ahogar el primer levantamiento de Oporto, no habia obrado de esta manera sino por desconfianza en el éxito. Viendo ahora estallar por todas partes el grito de independencia, protestó nuevamente á Junot su sumision á Bonaparte, escribiendo secretamente al general Belestá y pidiéndole el auxilio de algunas fuerzas españolas, para secundar en la segunda ciudad del reino el grito leal de los portugueses. Era su intencion ganar tiempo fingiendo adhesion á Junot, y prepararse convenientemente á la lucha demandando auxilios á España. El pueblo se anticipó á los planes del gefe que de esta manera pensaba, y tumultuándose el dia 18 de junio con motivo de un convoy de provisiones que iba destinado á los franceses, hizose dueño de él y de cuantos fusiles, municiones y pertrechos pudo haber á las manos. Oliveira se habia resistido á los deseos del pueblo, por no creer todavia llegado el momento de declararse, y atribuida á traicion su conducta le puso la turba en prision. El mayor de plaza Pinheiro, oculto desde el primer pronunciamiento, fué conducido en triunfo á Oporto aquel mismo dia, victoreando el pueblo entusiasta al primer insurgente de S. Juan de Foz. Enarbolado de nuevo el estandarte nacional, proclamó el 19 una junta suprema compuesta de ocho individuos del clero, de la magistratura, del cuerpo militar y otros ciudadanos, siendo su presidente el obispo de Oporto y quedando reconocida por todo el Norte lusitano. Esta corporacion puso un empeño el mas decidido en regularizar el movimiento, dando á la clase popular el menor ascendiente posible en la direccion de los negocios, y no excitando el espiritu democrático sino lo absolutamente preciso para combatir con éxito á los enemigos del pais. Los sacrificios pecuniarios del comercio y el patriotismo de los naturales contribuyeron poderosamente desde un principio á que la junta se dedicase á organizar poco á poco un ejército nacional; pero no siendo suficientes para el buen éxito los recursos propios, cuidó de entablar desde los primeros dias de su instalacion relaciones de alianza con las dos naciones mas enemigas entonces del nombre francés, enviando una embajada á Inglaterra en demanda de armas, subsidios y tropas, y estipulando un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la junta de Galicia en favor de la causa comun.

La defeccion de las tropas españolas y el aprisionamiento de Quesnel y los suyos en Oporto, llamaron la atencion de Junot con la seriedad consiguiente á su importancia, y temiendo que la division de Carrafa, acantonada en Lisboa y sus alrededores, seguiria al fin el mismo ejemplo, se decidió á desarmarla inmediatamente, adoptando al efecto las precauciones oportunas. Componiase dicha division de seis batallones de infanteria, con un regimiento de caballeria y algunos artilleros, y no era empresa fácil quitarle las armas sino recurriendo al ardid. Meditando estaban aquellos valientes en los medios de restituirse á su patria, cediendo á las instigaciones de los emisarios de Badajoz, Sevilla y otros puntos, cuando el dia 10 de junio les mandó Junot reunirse en la playa, con el objeto ostensible de embarcarlos para España, á cuya grata nueva dirigiéronse mil y doscientos de ellos al punto designado. Pero ¿cuál no fué su sorpresa cuando al llegar al Terreiro do Pazo, se vieron cercados por

tres mil franceses, que asestaban contra ellos la artillería? Preciso les fué resig-



Masseti.

DESARME DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN LISBOA.

narse á su suerte y deponer las armas. El resto de la division quedó desarmada igualmente por medios análogos, siendo unos sorprendidos en sus casernas, y otros en el curso de las marchas combinadas que se les hizo hacer para separarlos entre sí, no habiendo conseguido escaparse sino algunos centenares de hombres del regimiento de Murcia, y un número escaso de húsares de María Luisa. Ejecutado el desarme en 24 horas, fueron destinados á los pontones del Tajo, y vijilados por las naves de guerra francesas. Permióse á los oficiales quedar prisioneros bajo palabra de honor en Lisboa; pero habiendo faltado algunos de ellos á su compromiso, fué el resto de los demas condenado á sufrir la misma suerte que los soldados.

Libre Junot del temor que le habian inspirado los españoles agrupados en torno suyo, quedábale todavía el no menos fundado de una insurreccion general en los mal sometidos portugueses. La facilidad con que se habia calmado el primer levantamiento de Oporto no bastaba á inspirarle confianza en el porvenir, siendo mas que probable que el fuego de la insurreccion encendido en España se propagase con rapidez por toda la estension de Portugal. Envió por lo mismo emisarios á todas las provincias, eligiendo para ello á los portugueses mas influyentes en los principales distritos, y dándoles la comision de recomendar á sus conciudadanos la tranquilidad y la paz. Deseoso de desbaratar la influencia que los repetidos levantamientos españoles pudieran ejercer en aquel pais, procuró sagazmente escitar la animosidad de los portugueses contra nosotros, haciendo escribir, publicar y decir en todas partes que el levantamiento de España era efecto de no haber querido Napoleon consentir en la desmembracion de Portugal. Los españoles (decian los satélites de Junot) quieren dividirse el territorio lusitano entre ellos, Godoy y la reina de Etruria; y al ver á Napoleon decidido á conservar su independencia y antiguo brillo á la sombra de un nuevo rey,

se han alzado contra este proyecto. Esta especie insidiosa que tan buenos efectos hubiera podido producir á haber adoptado Napoleon otra politica desde el primer dia de la invasion, era inútil en circunstancias como aquellas, hallándose los portugueses desengañados de lo que podian esperar en un hombre que tan mal los habia tratado. Junot, pues, predicó en desierto; y el segundo alzamiento de Oporto y el de todo el Norte portugués, vino en breve á mostrarle lo infructuoso de tan mal estudiado recurso. El general Loison, que habia salido de Almeida el 47 de junio con el fin de mantener en la obediencia todo aquel territorio, quedó espantado al mirar erizadas de armas las provincias de Entre-Duero-y-Miño, viéndose precisado á repasar el Duero para evitar una ruina completa á manos de los insurgentes. La retirada de Loison alentó á los patriotas, y mientras el paisanaje acaudillado por un fraile de predicadores le obligaba á restituirse á Almeida, otro fraile marchaba á Coimbra sublevando aquella ciudad contra los franceses. Puestos los estudiantes de la universidad al frente de la insurreccion, propagóse esta con rapidez en una buena parte de la Beira, quedando enarbolado el estandarte del principe regente en sus mas importantes poblaciones. Pocos dias antes habia resonado tambien en los Algarves el grito sacrosanto de la patria, siendo el pueblo de Olhá el primero en lanzarlo, y poniéndose al frente del levantamiento el coronel Lopez de Sousa. Pronunciada despues la ciudad de Faro, constituyóse en ella una junta, la cual condujo prisionero á las naves inglesas al general francés Maurin, nombrado por Junot para tener en respeto aquella provincia. Hallándose enfermo dicho gefe cuando estalló la insurreccion, y viéndose imposibilitado de reprimirla por si, dió la mision de verificarlo al coronel Maransin, siendo el resultado tener este que restituirse al Alentejo, donde alzaron tambien la cabeza los insurgentes de varias poblaciones, sin que á pesar del Saco de Beja y otros escarmientos iguales, consiguiesen Avril y Kellerman, posesionados de dicha provincia, asegurar el órden de un modo sólido y permanente. Junot y sus satélites se hallaban confusos y absortos al verse cercados de enemigos por todas partes, sucediendo en Portugal lo mismo que en España, no tener los franceses seguro otro terreno que el que pisaban.

55 Mas adelante veremos los progresos de la insurreccion portuguesa hasta la evacuacion del reino lusitano por los imperiales. Allí como en España hubo tambien sus excesos contra los que el convencimiento ó la suspicacia popular calificaba de desafectos á la causa de su independencia. Nosotros pasamos por alto una porcion de pormenores que ni conducen á nuestro propósito, ni pueden ser referidos en una obra cuyo fin es ocuparse principalmente en nuestros sucesos. Si hemos sido algun tanto prolijos en la reseña que acabamos de hacer, la razon de nuestra conducta es patente: el relato del alzamiento peninsular y de los errores de Napoleon quedaria incompleto sin estas nociones indispensables; y habiendo hablado en el tomo anterior de la iniquidad cometida por el gobierno de Carlos IV contra la nacion lusitana, hubiera sido injusto omitir en el presente el modo con que el pueblo español la reparó, poniendo á Portugal en el caso de aprovecharse de nuestros alzamientos y de la defeccion de nuestras tropas, sin lo cual habrian sido allí infructuosas las patrióticas tentativas de sus naturales para sacudir el yugo extranjero.

De este modo se alzó la Peninsula desde el Pirineo hasta Calpe, y desde el uno hasta el otro mar. La historia no refiere otro ejemplo de sacudimiento tan pronto, tan universal y espontáneo. Alzadas á un mismo tiempo casi todas las provincias de España, ninguna de ellas esperó para decidirse la resolucion de las otras; ninguna se paró á meditar los desastres á que se esponia; ninguna dejó de responder al grito de la patria en la manera que le fué posible, siendo en todas igual el entusiasmo, idéntico en todas el ódio á la opresion, y una y acorde la voz que lanzaron, al modo que heri-

da una cuerda responden á la vez las demas que se hallan con ella al unisono. ¿Cómo no entusiasmarse á la vista de un cuadro tan asombroso, y que mas que real y efectivo parece epopeya inventada por la imaginacion, ó leyenda que debe su ser á una mente exaltada y patriótica? Ese cuadro ha sido no obstante, objeto de invectivas y encono, ya que no lo ha podido ser de menosprecio; y á guiarnos por lo que han dicho algunos escritores maldicientes ó menos bien informados de nuestras cosas, creyérase que aquella insurreccion no fué hija sino del fanatismo clerical y frailuno, ó efecto obligado y raquítico de las intrigas de la Gran Bretaña. El conde de Toreno, con cuyas opiniones y asertos no siempre nos verán de acuerdo nuestros lectores, combate de un modo tan victorioso los yerros en que acerca del particular se ha incurrido, que ni nos es posible dejar de convenir con él en este punto, ni menos podríamos aspirar á sustituir con éxito nuestras reflexiones á las juiciosísimas suyas, en refutacion de tan groseras equivocaciones.

Entre estas, dice, se ha presentado con mas séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo y á los manejos é influjo del clero. Lejos de ser así, hemos visto como en muchas provincias el alzamiento fué espontaneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirigirle, no fueron clérigos ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico cierto que no se opuso á la insurreccion; pero tampoco fué su autor. Entró en ella como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus bienes. Hasta entonces los franceses no habian en esta parte dado ocasion á sospechas, y segun se advirtió en el libro segundo, el clero español antes de los sucesos de Bayona, mas bien era partidario de Napoleon que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia habia restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de odio contra la dominacion estrangera; y el clérigo como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo y sin consultar generalmente otro interés que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos días de universal entusiasmo, y muchos son los que aun viven, atestiguarán la verdad del aserto.

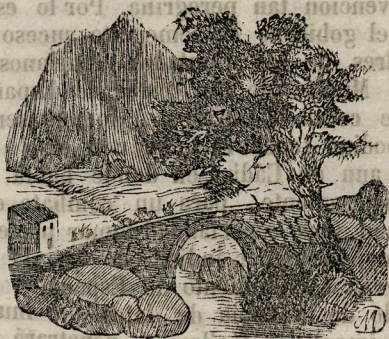
No menos infundado, aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleon y sus parciales que por todas partes veian ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo espuesto se habrá notado cuán ageno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuánto le sorprendió la llegada á Lóndres de los diputados asturianos que fueron los primeros que le anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podian tener relacion con ellos ni esperar su pronta y efectiva proteccion; y aun en Cádiz, en donde habia un crucero, se desechó su ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que por ser marítimo les interesaba con mas especialidad tomar parte. Véase, pues, si el conjunto de estos hechos dan el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

Mas aun careciendo de la copia de datos que muestran lo contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses, ni á ninguna otra persona, clase ni potencia por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion entera un tan enérgico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su origen en causas mas naturales, y su atento juicio le descubrirá sin esfuerzo

en el desorden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y alevosias con que Napoleon y los suyos ofendieron el orgullo español.

«No bastaba á los detractores dar al fanatismo ó á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hanse recreado tambien en oscurecer su lustre, exagerando las muertes y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables excesos que entonces hubo, cubriendo á sus autores del merecido oprobio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo así, digasen de buena fe si acompañaron al tropel de revueltas desórdenes tales que deban arrancar las desusadas exclamaciones en que algunos han prorumpido. Solo pudieran ser aplicables á Valencia y no á la generalidad del reino, y aun allí mismo los excesos fueron inmediatamente reprimidos y castigados con una severidad que rara vez se acostumbra contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero al paso que profundamente nos dolemos de aquel estrago, séanos lícito advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y en todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas tumultuariamente. Y por ventura en la situacion de España, rotos los vínculos de la subordinacion y la obediencia, con autoridades que compuestas en lo general de hechuras y parciales de Godoy eran miradas al soslayo y á veces aborrecidas, ¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones no se suscitasen mas rencillas, y que las tropelías, multiplicándose, no hubiesen salvado todas las barreras? ¿Merece, pues, aquella nacion que se la tilde de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado mas moderada y contenida? Cítesenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasias no hayan muy mucho sobrepujado á las que se cometieron en la insurreccion española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por excelencia cultas, y en verdad que el imparcial exámen y cotejo de sus excesos con los nuestros no les sería favorable (1).»

(1) Toreno: Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, libro III.



CAPITULO VII.

Comparacion de los recursos y fuerzas militares de España con las de Francia al estallar la insurreccion.—Rómpanse las hostilidades en Castilla la Vieja.—Espedicion de Merle contra Santander.—Contraórden motivada por la insurreccion de Valladolid y retirada de Merle.—El general Lasalle se dirige á Valladolid.—Accion y quema de Torquemada.—Entrada de los franceses en Palencia.—Las divisiones de Merle y Lasalle se reunen en Dueñas.—D. Gregorio de la Cuesta en Cabezon.—Ataque del puente de esta villa y derrota de los españoles.—Retirada de Cuesta á Rioseco.—Sumision de Valladolid.—Segunda espedicion contra Santander.—Dispersion de los españoles en las montañas de esta provincia.—Los generales Merle y Ducos entran en Santander.—Huida del obispo y junta de esta ciudad á la provincia de Asturias.



ARA apreciar debidamente el arrojó de los españoles cuando en mayo de 1808 osaron provocar la ira del emperador de los franceses, nos parece oportuno recordar lo que en el capítulo XVII del tomo primero tenemos dicho acerca del poderío militar de España un año antes. Nuestro ejército de tierra en pié de paz ascendia entonces, incluidas las milicias provinciales, y segun el cálculo del general Foy, á unos cien mil hombres no completos, pudiendo en caso de guerra recibir un aumento de cincuenta y seis mil hombres, formando de este modo un total de unos ciento cincuenta mil, en vez de los doscientos mil que, añadiendo una cuarta parte, supone el príncipe de la Paz. Los militares autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, refiriéndose al año 1808, dan por sentado que el número de nuestros soldados en dicha época ascendia á ochenta y tres mil infantes y diez y ocho mil caballos, cuyo cálculo escede al del general Foy y se acerca mas al del príncipe de la Paz, puesto que no entran en él los treinta mil segun unos, y cuarenta mil segun otros, de milicias provinciales, consistiendo la diferencia sin duda en considerarse el cómputo definitivo segun el distinto modo de ver de los escritores, contando ó no contando las bajas que naturalmente deben reducir á menos el total que aparece en los estados. Los mencionados militares calculan estas bajas en una quinta parte, y deduciendo ademas los trece mil hombres de infantería y caballería que á las órdenes del marqués de la Romana, y para servir los caprichos del emperador se hallaban en Dinamarca, los veinticuatro mil que al mando de Junot ocupaban á Portugal, con los nueve mil existentes en las islas Baleares, resulta, segun los mismos, que cuando se empezaron las hostilidades contra la Francia, apenas habia entre nosotros *cuarenta mil hombres de tropas regladas*, «y aun estos, dicen, diseminados en partidas sueltas, desatendidos por el gobierno, y empleados